

ANDRÉS SABELLA

DESLUMBRAMIENTO DE JUAN  
RAMÓN JIMÉNEZ

---

“AMOR Y POESÍA cada día” trazó Juan Ramón en la pureza de la primera página de *Eternidades*,<sup>1</sup>: Juan Ramón, la encarnación fecunda de todos los crepúsculos fertilizados por la música y la nostalgia:

“El poniente me invade con sus flores  
de oro, mientras, largo y lento, canta  
el ruiseñor de todos mis amores,  
ahogándose casi en mi garganta.

Al ver este oro entre el pinar sombrío  
me he acordado de mí tan dulcemente,  
que era más dulce el pensamiento mío  
que toda la dulzura del poniente.

¡Oh, dulzura de oro! ¡Campo verde,  
corazón con esquilas, humo en calma!  
No hay en la vida nada que recuerde  
estos dulces ocasos de mi alma”.

(“Crepúsculo”)<sup>2</sup>

Juan Ramón ha sido como esos ríos cristalinos que se hieren y se desangran en dos cauces, salpicando hasta el cielo, con sus fulgores. Amor y Poesía —las radiantes locuras— le hicieron límites a su frente permaneciendo una

<sup>1</sup>1916-1917.

<sup>2</sup>“*Olvidanzas*”, 1906-1907.

en cada sien, a la manera de puertas secretas por las que entrase la luz y saliese, luego, de allí, transformada en carne de milagros:

“¡Qué espectáculo el de mi imaginación en movimiento!”<sup>3</sup>

“Le he puesto una rosa fresca  
a la flauta melancólica;  
cuando cante, cantará  
con música y con aroma”,<sup>4</sup>

“Mariposa de luz,  
la belleza se va cuando llego  
a su rosa.

Corro, ciego, tras ella . . .  
La medio cojo aquí y allá . . .

¡Sólo queda en mi mano  
la forma de su huida!”<sup>5</sup>

La cabeza de Juan Ramón Jiménez fue la más sutil maquinaria de ensueños que trabajó en España, desde aquella lejana Nochebuena de 1881, en que naciera: la verdadera Nochebuena de la Poesía. Ramón Gómez de la Serna glosó, gallardamente, tal circunstancia, atando los altos avatares:

“Sólo los poetas se atreven a inquietar la Nochebuena y unos nacen ese día sobresaltando las vecindades, y otros, como Bécquer, mueren en la Nochebuena. Como si se reanudase en él la vida de Bécquer, nace en la misma fecha en que su antecesor inmediato, en la categoría poética, murió en 1870”,<sup>6</sup>

La frente le blanquea y la cabellera escasa se le recoge, lo mismo que

<sup>3</sup>“Ética estética”.

<sup>4</sup>Poema 9 de *La Soledad Sonora*, 1908.

<sup>5</sup>Poema 36 de *Piedra y Cielo*, 1917-1918.

<sup>6</sup>*Retratos Contemporáneos*, 1941.

un mar que huyera despavorido de la tierra; lo mismo que un mar que no deseara oír palabra humana. Y la suya, por misteriosa madurez de siglos, surge extraña y sugestionante: nueva, siempre en madurez de novedad:

“...el aire trae sobre los tejados un mar ilusorio en su olorosa, movida y refulgente cristalidad, un mar sin nadie también, aburrido de sus olas iguales en su solitario esplendor”.<sup>7</sup>

“Un mar al que le busco  
inútilmente el corazón, al que le pongo  
inútilmente el corazón”.<sup>8</sup>

Juan Ramón es el poeta que desgaja de los vocablos las impurezas que el uso y el desuso consiguieron allegarles; el poeta que, por las noches, desciende a los sótanos del Verbo y saborea, en las tinieblas, la pulpa de la palabra humana; Juan Ramón gime, llora e implora a las palabras para arrancarles desconocidas resonancias. Es el feliz alquimista de las sílabas; el que las dora, las acaricia, les descuera la vulgaridad; es el que les insufla el poderoso fluido del encantamiento que las devuelve al comercio de las ideas, rehechas y cegadoras, como si mil astillas de sol les ajustasen la armadura:

“No sé con qué decirlo,  
porque aún no está hecha  
mi palabra”<sup>9</sup>.

Juan Ramón descubrió el rango de cada palabra, ¡pudo alzar un árbol de palabras en mitad de su mano! Difícilmente, en otro poeta se adelgazan tanto: se piensa que él inventó cómo prolongarlas hasta alcanzar, con ellas, el tamaño de una eternidad de vibraciones sin peligros de resquebrajarse. Esa *potencia de evocación tan grande* que Marcel Proust asigna a *cada palabra* para influir sobre nuestra imaginación, generosamente, cabe y se luce en la lengua “juanrramoniana”: le basta, a veces, el mínimo, sílabas en fuga, sílabas para que las disfrute el aire, y la Poesía aparece con su nimbo tremendo:

<sup>7</sup>“Albérchigos”, de *Platero y Yo*.

<sup>8</sup>“Acción”.

<sup>9</sup>“Ola, sombra”, 1936.

“Silencio.

Sólo queda  
un olor de jazmín;  
lo único igual a entonces,  
a tantas veces, luego,  
¡sin fin de tanto fin!”

(“Patio”).<sup>10</sup>

“Todo el otoño, rosa,  
en esa sola hoja tuya  
que cae.

Niña, todo el dolor  
es esa sola gota tuya  
de sangre”,

(“Canción”).<sup>11</sup>

El equilibrio de Gracián: *Tanto se requiere en las cosas la circunstancia como la sustancia; antes bien lo primero con que topamos no son las esencias de las cosas, sino las apariencias*, resulta extremo cuidado riguroso en Juan Ramón, quien a juicio de Angel Valbuena Prat, tiende, desde *Diario de un Poeta Recién Casado*<sup>12</sup> a ser cada vez más elemental, más sencillo. Gladiador de sí mismo, Juan Ramón combate, sin treguas, con la Poesía, para concluir no en abrazo de odio, sino en furioso nudo, palpitante de amor. Vive rondándola, tocándole su entraña, encuestándole cada palpitación de su enigma. El quinto poema de *Eternidades* resume, de manera definitiva, el destino de su idilio capital, de novio a perpetuidad con la Poesía:

“Vino, primero, pura  
vestida de inocencia;  
y la amé como un niño.

Luego se fue vistiendo  
de no sé qué ropajes;  
y la fui odiando, sin saberlo.

<sup>10</sup>De *Primeras Poesías*, 1898-1902.

<sup>12</sup>1916.

<sup>11</sup>En *Piedra y Cielo*.

Llegó a ser una reina,  
fastuosa de tesoros...  
¡Qué iracundia de hiel y sin sentido!

... Mas se fue desnudando.  
Y yo le sonreía.

Se quedó con la túnica  
de su inocencia antigua.  
Crefí de nuevo en ella.

Y se quitó la túnica,  
y apareció desnuda toda...  
¡Oh pasión de mi vida, poesía  
desnuda, mía para siempre!"

En su libro *La Soledad Sonora*, tras de caracterizar a la Poesía de *errante e indecisa*, la definió, como *la esencia indeleble de la vida*. Seguro de sus conceptos, bregó por materializarlos: Rey Midas de la Palabra, colocó, noblemente, su voz al servicio de lo aéreo y lo huidizo; la confundió con las mareas terribles del adiós y del acaso, hasta soñar con el vértigo de la "Poesía no Escrita", abismo en el que soñó volcarse con sus fuertes alas de águila del verso:

"...hubiese regalado, a lo último, un libro en blanco, con el título "Poesía no escrita".

"Escribir poesía es aprender "a llegar" a no escribirla, a ser, después de la escritura, poeta antes de la escritura, poema en poeta, poeta verdadero en inmanencia consciente. ¡Qué belleza armoniosa y pacífica ese libro en blanco, en blanco voluntario, respetado blanco final, con silencio de muerte y transfiguración!"<sup>13</sup>

Ese vértigo rojea en el umbral de *Piedra y Cielo*.

"¡No le toques ya más,  
que así es la rosa!"

("El Poema, 1")

<sup>13</sup>*Diario Poético*.

La Poesía —que nunca fue cortesana de feria— se contiene en Juan Ramón, con su trasluz y su agonía. Hermana y hermano llenan los caminos del hechizo, saludando a las piedras y a las nubes, al mar desconocido y a la desconocida fragancia de las cosas. Familiarmente, Juan Ramón sienta en sus rodillas a la Poesía, y la Poesía le colma la barba, con florecillas caídas del corazón de Francisco el de Assis: Juan Ramón es el San Francisco del idioma:

“Morí en el sueño.  
Resucité en la vida”,

(“Epitafio, de mí, vivo”)

Pobre riquísimo, Juan Ramón se limpia de palabras, el hacha de la conciencia en alto, para quedarse en el hueso duro y sustancioso de la *poesía desnuda*, y, así, en proceso de hogueras y cilicios, se emparenta a los viejos poetas japoneses: a Sogi (nacido, aproximadamente, en 1419), a Yamazaki Sokan (1445-1534), a Arakida Moritake (1472-1549), los primeros poetas japoneses de la antigüedad que escribieron *hai-kais*. Neftalí Agrella, el verdadero introductor de esta forma en nuestro país, definía al *hai-kai*, como:

“un cosmos de sugerencias, de sensibilidad, de síntesis, de sueño y sencillez”.<sup>14</sup>

Consta el *hai-kai* de tres versos, únicamente. He aquí un ejemplo. Es el muy conocido de Moritake:

“Vi a la flor desprendida,  
adherirse de nuevo a la rama...  
Mas, no era sino una mariposa!”

Juan Ramón Jiménez presenta en *Eternidades*, valiosos tercetos que conceptuaríamos, rectamente, *hai-kais* de perfección y bizarría:

<sup>14</sup>“Poetas haikaistas del Japón”, “*HACIA*”, Agosto-Septiembre-Octubre de 1934, Antofagasta.

En 1924, Agrella compuso 20 *hai-*

*kais*, aparecidos en su libro *Poemas*, Valparaíso, 1925. Imprenta Fisher y Cía., (pp. 70 y ss.).

“¿El lucero del alba?  
¿O es el grito  
del claro despertar de nuestro amor?”

“¡Es verdad ya! Mas fue  
tan mentira, que sigue  
siendo imposible siempre”.

“¡Cuán extraños  
los dos con nuestro instinto!  
... De pronto, somos cuatro.”

“Ante mí estás, sí.  
Mas me olvido de tí,  
pensando en tí”.

“Sólo lo hiciste un momento;  
mas quedaste, como en piedra,  
haciéndolo para siempre”.

“Cada momento nuevo juzgue,  
solo, todo lo otro. Apaga  
tus anteluces”.

“Cierra, cierra la puerta,  
como a ella le gustaba ...  
¡Que se encuentre a su agrado su recuerdo!”

Muerto

“Quedó fijo su peso:  
un platillo en el cieno;  
un platillo en el cielo”.

Antes, en *Bonanza* (1911-1912), nos deslumbró con un terceto de fino rasgo, casi del don Antonio Machado de “Proverbios y Cantares”:

“Ten cuidado,  
Cuando beses el pan ...  
¡Que te besas la mano!”

(“Amor”)

La cabalidad de la Poesía reluce, admirablemente, en la concentración, en la depuración, en este como ascetismo estilístico de Juan Ramón. Bécquer sembró la semilla vencedora del abalorio. Juan Ramón no desoyó tal doctrina medular: letra a letra de su canción sentirán el palpamiento de sus exigencias de pudor y pureza; ninguna escapará al peso y medida de su estrictez de lapidario. De estos sangrientos, brotarán la transparencia y esbeltez de su prosa y de su verso, la condición de cristales y de fuego de su literatura, la más semejante a las espigas en nuestra fábula poética española contemporánea:

“Se vistió la nieve  
de vagos carmines.  
¿Me quieres?, me dijo.  
¡Te quiero!, le dije.

Me besó la boca  
con un beso inmenso.  
Abril vino al mundo  
y yo quedé muerto”,

(“Abril”).<sup>15</sup>

Juan Ramón fue criatura de alba permanente. Valbuena Prat lo indica, precisamente, separándolo de una posible confusión de maestrazgos con Darío:

“A diferencia de Rubén que era la apoteosis de época que terminaba... Juan Ramón presenta todo lo aprovechable de un gran estilo a una generación nueva; él adivina los valores líricos siguientes, los dirige y orienta... Es Juan Ramón, por lo tanto, maestro de poetas, no el maestro de discípulos”.

Jamás toleró que la inercia durmiese en su frente. La Poesía le mantuvo en trances de virginidad y parto, simultáneamente. De su “Ética Estética” son estas consignas gritadas encima de su propia responsabilidad de insomne timonel de armonías y sorpresas, una de sus herramientas favoritas:

<sup>15</sup>*Arte Menor*, 1909.

“Mi reinado reempieza, en idea y forma,  
cada cinco años”,

“Ningún día...sin romper un papel”,

“Cultivemos, ante todo, la voluntad de rechazar”,

“Depurar: recrear”.

“Un extasis que no mate lo vivo”.

*La virtud suprema* para Juan Ramón bullía en el seno de la sorpresa:

“Para mí la virtud suprema de la vida, en lo útil o en lo bello, es la sorpresa. Yo he puesto dentro de la sorpresa el destino y lo espero todo de él”.

De ahí la ventana inesperada que se nos abre, súbitamente, en sus poemas, enseñándonos hechiceros matices al fondo de las palabras.

A Gregorio Martínez Sierra insinuó, en devota confesión fraternal, que su corazón parecía *un paisaje de campo*. ¡El corazón de Juan Ramón, marmita estupenda donde la Naturaleza, completa y virginal, mezcló sus materias más valiosas para el sagrado festín de las imágenes! Contra este *paisaje de campo*, opongamos los mares de Juan Ramón: mares salidos de sus ojos, de su boca, del costado herido de su poesía; mares somnolientos, mares a horcajadas sobre las tormentas; mares de tinta, de agua, de lágrimas, de sangre, mares de poeta; mares cuyas costas son los labios del hombre que los crea, les cree y los canta:

“No sé si el mar es, hoy  
—adornado su azul de innumerables  
espumas—,  
mi corazón; si mi corazón, hoy  
—adornada su grana de incontables  
espumas—,  
es el mar.

Entran, salen  
uno de otro, plenos e infinitos,  
como dos todos únicos.  
A veces, me ahoga el mar el corazón,  
hasta los cielos mismos.  
Mi corazón ahoga el mar, a veces,  
hasta los mismos cielos".<sup>16</sup>

Cualquier poema de Juan Ramón Jiménez representa un surco colmado por la mano de la inmensidad: bastará sólo un momento, sereno y solemne, para mirarle en esta verdad de su arte. Este consejo mayor legó a los aprendices de poeta:

"El poema se escribe con actualidad; pero,  
luego, hay que librarlo de su actualidad".<sup>17</sup>

Es preciso, pues, henchir el poema de Tiempo y Espacio, fortificándolo de Eternidad; es preciso que el poema sea un *hoy* de siempre, un garfio labrado en nuestra osamenta para suspendernos sobre el vacío. Como lo practicó este triunfante aventurero del Más Allá de las Palabras:

"Está tan puro ya mi corazón  
que lo mismo es que muera  
o que cante.

Puede llenar el libro de la vida,  
o el libro de la muerte,  
los dos en blanco para él,  
que piensa y sueña.

Igual eternidad hallará en ambos.

Corazón, da lo mismo: muere o canta".<sup>18</sup>

Desnudo y jubiloso, Juan Ramón se arrojó al piélago de sí y no de las cuartillas. Buen galán de balcones astrales, fue uniendo con la Estrella Madre todas las ventanas que se le ofrecieron para el romance con nuestra diosa de alabastro satánico. Lizardo Zía le enfoca en visión entusiasta:

<sup>16</sup>Poemas 34 de *Diario de un Poeta...*

<sup>18</sup>Poemas 53 de *Eternidades*.

<sup>17</sup>Ideario.

“clavado en una cruz  
de Poesía,  
como un Cristo andaluz”.<sup>19</sup>

Juan Ramón, como Jesús, montó en burriquillo. *Platero* fue su nombre y era:

“pequeño, peludo, suave, tan blando por fuera,  
que se diría todo de algodón, que no lleva huesos”.<sup>20</sup>

Jinete con *barba de otoño*<sup>21</sup>, guiándole, penetró a la Gloria. La seguían algunos aerolitos, varios niños, los astros y las olas. La Corona de Espinas del Genio se desprendió, entonces, de su cabeza y voló por los cielos, como otra luna. Zenobia, la Musa de su Vida y de su Muerte, continuó a su lado: su diálogo es de eternidad; *Eternidad* es la única palabra que jamás sonará a falso en los ámbitos “juanrramonianos”:

“Sólo mi frente y el cielo.  
¡Los únicos universos!  
¡Mi frente, sólo, y el cielo!”.<sup>22</sup>

“Yo soy más grande que el mar,  
da en la nada mi cabeza”.<sup>23</sup>

Poeta de J. y no de G., J. de Juramentos, Juan Ramón Jiménez se exila de España cuando la República quema sus postreros cartuchos gloriosos. En alguna parte de su “Síntesis ideal”, declaró:

“Anhelo creciente de totalidad . . . Odio profundo  
. . . a los trucos”.

La victoria del franquismo era un truco monstruoso, Juan Ramón no fue capaz de soportarlo. Y emigró, como miles y miles de patriotas, como don Antonio Machado, El Bueno, como Juanillo y Pepe, como Pilar y Con-

<sup>19</sup>En “Poética”, Buenos Aires, 1943, N° 1.

<sup>20</sup>Las tres primeras líneas de *Platero y Yo*.

<sup>21</sup>Verso de Lizardo Zía.

<sup>22</sup>Poemas 15 de *Estío*, 1915.

<sup>23</sup>“Navegante”

suelo, buscando el aire de las verdaderas libertades. Bajo este aire murieron muchos paisanos suyos; en Colliure, don Antonio, suspirando por SU España; en padecimientos y nostalgias, republicanas y republicanos en conciencia de absoluto patriotismo.

No era Juan Ramón hombre de componendas: pudo regresar a Madrid. Pero, aquel retorno hubiera sido un plato de lentejas demasiado turbio... Con Zenobia disfrutó la cordialidad del cielo americano y, aquí, murieron en actitud ejemplar de Poesía y lealtad a sus principios. No fue, tampoco, Juan Ramón hombre de partidos políticos. Ramón Gómez de la Serna supone que intentó, en algún instante fecundo, *fundar el partido de la poesía*.

Como a don Antonio Machado, El Bueno, le contrariaron la voluntad de yacer fuera de la patria encadenada, robándose los para aguinaldo de UNA España de Policía y "discurso oficial": ambos fueron ofendidos en la santidad de sus cales. Y esta violación de voluntad resulta afrenta directa a su claridad humana y ultraje a una intachable conducta de Poesía, o sea, de acero moral y rectitud. Las cenizas de Machado y Juan Ramón se confundirán con la tierra española y en medio de sus raíces se encontrarán con las de los muertos republicanos y embravecerán las entrañas de la Península, aupando el nuevo amanecer. El 20 de junio de 1916, a las cuatro de la mañana, regresaba a España, después de vivir, profundamente, su *Diario de un Poeta Recién Casado*. Escribió a compás de reloj: "¡Ya!", poema que, ahora, se nos ocurre un símbolo vivaz y que será la oración con que cerraremos estas palabras:

"Aún la luna, encallada ya en el día,  
deslumbra  
la noche de la media mar morada,  
en donde, llenas por el noreste,  
moradas velas lucen  
en su alegre henchimiento,  
la rosa del oriente...

El faro todavía, plata ya y pequeño.  
grita, tres veces cada vez:  
¡Tierra, tierra, tierra!

Tierra, de nuevo. La última,  
la primera, la mía,  
¡la tierra!"

Contigo, Juan Ramón, contemplemos la sombra de una tierra que avanza. Como tú atalayabas la tuya, entonces, avizoremos la nuestra, la de todos: es La Tierra del Hombre, que pronto esplenderá en luces; la Tierra que mantendrá erguido, por los siglos de los siglos venideros, el árbol de los frutos de oro, el árbol del Nuevo Paraíso.

A. S.<sup>24</sup>

Antofagasta, 9 de junio de 1958.

<sup>24</sup>Intervención del autor en el acto de homenaje organizado por el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Chile, Sec-

ción Antofagasta, en el Salón de Honor de la I. Municipalidad de esta ciudad, el 11 de junio próximo pasado.